

gía resaltamos la teoría de los autores de que hay que encontrar elementos comunes en todas las épocas, y precisamente la energía, la necesidad de buscar, encontrar y hacerse con la misma, es lo que todas ellas comparten, “quien controla y administra mayor parte de energía es quien realmente ejerce el poder” (p.152). Su discurso se centra en la evolución de la energía muscular y mecánica hasta llegar al “reinado” del petróleo, así como a las luchas de las potencias mundiales para hacerse con él y los conflictos que se han generado entre éstas y los países productores.

Las Rutas del Desplazamiento hacen referencia a aquellas que se han conformado como resultado de las catástrofes naturales o de la violencia humana, son rutas que no se eligen, rutas violentadas y que llevan al ser humano a un estado de deshumanización. En este caso se ha dedicado un apartado al exilio y otro a “La ruta de los sefardíes”, en el que destaca el exhaustivo trabajo de síntesis del profesor José Hinojosa, de la Universidad de Alicante. Por último, Las Rutas de las Guerras analiza dos casos que han sido fundamentales en la conformación del mundo tal y como hoy lo conocemos, como son las guerras napoleónicas y las guerras de los Estados Unidos desde su consolidación hasta la invasión de Irak en 2003. Además, se tratan, de un modo complementario, la ruta del conocimiento, de la ciencia, el profesor Emilio Soler, de la Universidad de Alicante, nos acerca a la figura de Jorge Juan, y de las artes.

Finalmente el capítulo seis está dedicado a los que han sido testigos de las Rutas, los autores ceden su espacio a las crónicas de viajeros por tierra, mar y aire, lo cual aporta un número interesante de reseñas bibliográficas de la materia. Pero quizá lo más importante es la referencia que se hace a la escritura, compañera de la ruta, a los libros que con el tiempo han ido abriendo las rutas que conducirían a la Globalización (p.133); y al hecho de que ésta deje de ser camino y se convierta “en Ruta, en concepto, en hiper-categoría histórica” (p.129), ayudando así a comprender las figuras históricas de la experiencia humana.

De este modo, reconocido el globo terráqueo y las profundidades oceánicas, el hombre anhela viajar a la Luna, establece una “última frontera” que no termina ahí, y que nos lleva a un nuevo “mundo virtual”, a un “ciberespacio” en el que hoy estamos habitando y al que se dedica el séptimo capítulo del libro que estamos analizando.

Por lo tanto, y ya para concluir, observamos que, en definitiva, se trata de una obra plasmada de un modo *in crescendo* que nos incita a reflexionar sobre la condición itinerante del ser humano, algo que ya encontrábamos en la afirmación de Platón, “la vida es un viaje desde aquí abajo hasta el cielo”. Estamos frente a un ejemplo de análisis diferente de las migraciones, ya no sólo porque no se centra en una etapa, ni en un país determinado, sino porque habla de la Humanidad y de sus migraciones, dos elementos inherentes que hoy más que nunca deben remarcar, tanto o más que el Artículo 13 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado”.

En suma, y a pesar de las épocas, personajes y acontecimientos, a los que nos remonta este ensayo, muchos de ellos olvidados, sobre todo cuando nos dedicamos a las Historia Contemporánea y Actual, se trata de un libro de plena actualidad; un libro que, igualmente, se presenta con un discurso abierto, tal y como muestran las preguntas que estos dos autores se plantean al final del mismo (p.148). Pero es que, además, se deja constancia de que hoy nos hallamos en un momento en el que nada está definido, todo es cambiante, y no sabemos en qué sentido puede moverse la Humanidad, tal vez sólo nos encontremos en uno de tantos cruces rutas que han ido aconteciendo a lo largo de la historia. Porque “las rutas siguen cruzándose y ya empezamos a ver que otras constelaciones empiezan a brillar con luz propia y se disponen a tomar ventaja. Si EEUU inicia el siglo XXI como Señor de la Ruta, ¿quién la dominará al finalizar el siglo? ¿China, India, Sudáfrica, Brasil...?” (p. 51).

Rifkin, Jeremy, *La economía del hidrógeno. La creación de la red energética mundial y la redistribución del poder en la Tierra*. Barcelona, Paidós, 2007, 400 pp.

Por Alfonso Pinilla García
(Universidad de Extremadura)

Esta obra de Jeremy Rifkin es muy sugerente. Cuando un conjunto de innovadoras ideas quedan entrelazadas de manera divulgativa y cla-

ra, creando un discurso que pone de manifiesto los profundos desajustes a los que se enfrentará la humanidad en el próximo siglo, no cabe otro calificativo que éste para invitar al lector a que se sumerjan en sus páginas.

Rifkin habla de energía, pero en el fondo está estudiando la historia de las organizaciones humanas, desde el neolítico hasta la crisis de la era del petróleo en la que actualmente nos encontramos. Voy a intentar establecer cuatro etapas por las que siempre pasa la vida de toda civilización, y a través de esas cuatro estaciones que jalonarán nuestro camino, intentaré poner de manifiesto las ideas de Rifkin al respecto del proceso que ha seguido nuestra civilización actual, basada en el petróleo y cada vez más colapsada ante un recurso que se agota.

Pero antes conviene establecer que entendemos por civilización a toda organización humana que comparte en lo político, lo económico, lo social y lo simbólico una serie de valores que la dotan de una particular identidad. Las civilizaciones pueden rebasar sus iniciales fronteras, y es entonces cuando se convierten en imperios, tal y como le ocurrió a Roma, a la España del siglo XVI o a los Estados Unidos del siglo XX. Cuando el dominio de una civilización se amplifica hay que hablar de imperios.

Como hemos dicho más arriba, toda organización humana –y por ende toda civilización e imperio –atraviesa a lo largo de su vida por las siguientes fases:

1. Amplificación del dominio sobre el entorno.
2. Desajuste producido como consecuencia de esa amplificación.
3. Organización interna (o auto-organización) del desajuste, a partir de la cual surge una crisis de supervivencia para el sistema, pues los entes organizados aumentan su potencial, se hacen fuertes y eficaces en la lucha contra sus enemigos.
4. Mutación del sistema cuando éste ha de enfrentarse al reto evolutivo que le plantea un desajuste organizado. La mutación puede ser regresiva, si el sistema rechaza el cambio apoyándose en las continuidades; agresiva, si apuesta sólo por el cambio olvidando las continuidades y progresiva, si combina cambio y continuidad con un predominio sutil del primero sobre la segunda.

La primera y segunda fases, amplificación y desajuste, quedan definidas por el equilibrio inestable que mantienen dos conceptos de los que Rifkin habla a lo largo del libro: la inversión y la obtención de energía, el esfuerzo (militar, humano, económico) empleado para mantener en funcionamiento a toda la organización y la obtención de energía conseguida con ese esfuerzo. Cuando la inversión de energía es mayor que su obtención, la civilización empieza a colapsarse, pudiendo aparecer los desajustes. Para entender mejor estas dos fases, conviene recurrir al Segundo Principio de la Termodinámica, que pone de manifiesto la emergencia del desorden, del ruido y de la inestabilidad a medida que pasa el tiempo. Cuanto más se amplifica el dominio de una organización sobre su entorno, más probable resulta la emergencia de crisis y desórdenes. A más presión, más inestabilidad. Ocurre lo mismo que cuando extendemos una cuerda elástica: a mayor extensión, más riesgo de rotura.

La tercera fase inicia claramente el camino hacia la mutación, y se caracteriza por la organización interna del desajuste, del enemigo creado con la amplificación del dominio y la presión sobre el entorno que vimos en las fases anteriores. Lo peligroso no es que el desajuste surja, sino que éste se organice, pues con la organización aumenta el potencial del enemigo en su lucha contra el sistema que lo produjo. Las civilizaciones entran en crisis cuando sus enemigos, creados por la presión que las propias civilizaciones han ejercido sobre su entorno, empiezan a organizarse, adquieren más fuerza y potencial transformador. Un buen indicador para comprobar la organización del desajuste es la emergencia de sistemas simbólicos (religiones, ideologías) que le ofrecen al grupo una explicación del mundo, le facilitan una gran cohesión interna (paso necesario para aumentar su potencial) y le dotan de identidad frente a sus opositores.

Es en ese momento cuando a la organización se le plantea la encrucijada de la mutación: cambiar para sobrevivir, adaptándose a los nuevos retos; o continuar anclados en las pasadas esencias, negando así cualquier transformación. La impredecible combinación de los conceptos “cambio” y “continuidad” genera los tres tipos de mutaciones arriba comentadas: las regresivas (que sólo apuestan por la continuidad, rechazando al enemigo), las agresivas (que sólo apuestan por el

cambio, abrazando al enemigo) y las progresivas (que combinan cambio y continuidad con un predominio sutil del primero sobre la segunda. Se abre aquí el incierto sendero del pacto con el enemigo). Ante esta fase de mutación, las organizaciones humanas pueden alternar su elección entre estos tres caminos, sustanciándose según las épocas, circunstancias concretas, diversos tipos de “regresión”, “agresión” y “progresión”. Así pues, conviene señalar que estas tres categorías nunca se dan en estado puro, pues están sujetas a múltiples matices. Lo interesante es ver con qué intensidad predominan las actitudes agresivas, regresivas o progresivas en las respuestas que el sistema da ante la mutación.

A continuación aplicaremos a dos procesos concretos todo este aparato teórico. Primero lo haremos sobre la crisis del sistema liberal burgués que tiene lugar a lo largo de todo el siglo XIX en el ámbito europeo, y a continuación lo aplicaremos a las vicisitudes por las que atraviesa nuestra civilización, actualmente basada en el petróleo. En esta última cuestión se centra Rifkin a lo largo de su obra, pero el repaso por los dos procesos arriba descritos permitirá demostrar cómo esta batería conceptual puede aplicarse a dos situaciones aparentemente distintas y muy alejadas en el tiempo. Como no puede ser de otra manera, expondremos sucintamente cada una estas situaciones.

Después de la Revolución francesa, que supone el principio del fin de un Antiguo Régimen agotado, triunfa la burguesía en lo político, lo económico y lo social. Los enemigos del antiguo régimen ahora se erigían como motor de un nuevo sistema que tenía en la democracia liberal su forma de organización política triunfante, en el “laissez faire” su comportamiento económico más generalizado y en la emergencia de “clases” su célula de organización social básica. El poder ya no lo daba la posesión de tierras ni la pertenencia a una familia noble, sino el dinero obtenido con el libre desenvolvimiento de las capacidades individuales. Había triunfado el liberalismo en lo político, lo social y lo económico. La ideología liberal permitió a los burgueses organizarse internamente, dotarse de cohesión interna y plantear un reto evolutivo al Antiguo Régimen nobiliario.

Conquistados los resortes del poder, la burguesía amplificó espectacularmente su dominio sobre el resto de clases sociales cuando controló la producción de calor y movimiento con la com-

bustión del carbón. Surgía la Revolución Industrial, la sustitución de lo que había sido la principal fuente de energía para los hombres hasta ese momento –la tierra– por otra fuente de energía más capaz, potente y dinámica. La tierra había dejado paso al vapor, y la burguesía había sido la responsable de ese cambio tan impresionante. El dinero generado por el boyante comercio burgués ahora se invertía en obtener grandes cantidades de energía que procedían de la quema del carbón y el aprovechamiento del vapor. Los réditos de tal actividad compensaban con creces el esfuerzo tecnológico y pecuniario empleado. Así pues, la amplificación del dominio burgués se produjo porque la obtención energética superó a su inversión. Nació el concepto de rentabilidad y la máxima de toda lógica capitalista: “el mayor beneficio al menor coste posible”.

Pero el funcionamiento de la Segunda Ley de la Termodinámica nos recuerda que toda amplificación genera su desajuste, que todo “orden” mantenido en el tiempo acaba provocando “desórdenes”, por eso la presión burguesa pronto dio lugar a la emergencia de grandes masas de obreros descontentos con sus condiciones de vida y trabajo. Con la intención de obtener los mayores réditos posibles a costa de una bajísima inversión, los burgueses habían subyugado al obrero, pagándole míseros sueldos, obligándole a trabajar un gran número de horas y hacinándole en reducidos espacios. El abuso siempre es la antesala de la revolución. El exceso de orden puede acabar provocando serios desórdenes.

Así pues, la mano de obra que mantenía el funcionamiento de las fábricas empezaba a revolverse contra sus patronos. Los “hijos” acabarían luchando contra “sus padres”, pues no debemos olvidar que el proletariado surge del propio desarrollo burgués, basado en la industrialización. Se confirmaba así que los desajustes más graves para un sistema son aquellos que el propio sistema crea con la amplificación de su dominio.

Pero el proletariado no empezará a ser un serio problema para el sistema burgués hasta que se organice en torno a una nueva ideología. El marxismo ofrecerá una explicación del mundo y cohesionará internamente al proletariado hasta crear un sentimiento de pertenencia al grupo, la llamada “conciencia de clase”. A través del marxismo, los obreros se habían organizado y ahora ya se convertían en un reto de supervivencia para los burgueses. La mutación no se haría esperar.

Ante el conflicto entre proletarios y burgueses emerge una crisis desde donde se bifurcan diversos caminos hacia el futuro. Las tres formas de regular esta crisis generarán a su vez tres mutaciones del mundo burgués: la regresiva, la progresiva y la agresiva.

La mutación regresiva del sistema burgués se sustanciará en los fascismos de entreguerras que ocuparán la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler. Se trata de un intento por enfrentar la situación especialmente compleja de entreguerras, donde la crisis económica, el desencanto generalizado en estas dos naciones tras su derrota en la I Guerra Mundial y la inseguridad que experimentan las clases sociales, harán que los dos países acaben sometidos al poder personal de estos dos “Caudillos”. Surgen así dos Dictaduras Totalitarias que suponían una clara regresión con respecto a las Democracias Liberales, pues desaparece la representación y participación de la sociedad en el sistema político.

La mutación agresiva cristalizará en la Revolución rusa de 1917, cuando el proletariado derriba al zarismo y se hace con el poder bajo las consignas de Lenin. Surgía una nueva manera de entender la política, la sociedad y la economía, inspirada en el marxismo y conocida como comunismo o “socialismo real”, netamente diferenciada de la democracia liberal burguesa.

Ante el reto planteado por el proletariado a lo largo del siglo XIX, otros países como Francia o Gran Bretaña experimentarán mutaciones progresivas, pues sin abandonar las formas democráticas liberales, irán ampliando sus mecanismos de representación y participación políticas hasta albergar en el seno de sus instituciones a partidos representantes de la clase obrera. La mutación regresiva encarnada en el fascismo cerraba las puertas a la representación obrera, la mutación agresiva del comunismo las abría a la conquista del poder por parte del proletariado y la mutación progresiva de la democracia liberal establecía nuevos cauces de representación, a través de los cuales el proletariado podía influir en las futuras decisiones políticas.

Hasta aquí este somero repaso por la excepcional transformación que experimenta Europa a lo largo de todo el siglo XIX y XX. Ahora aplicaremos las cuatro fases por las que atraviesa la vida de cualquier sistema –amplificación, desajuste, organización del desajuste y mutación– al tema

que Rifkin trata en su libro, es decir, la crisis de nuestra civilización basada en el petróleo y el surgimiento de otra alternativa sustentada en el hidrógeno.

Hasta 1973, la amplificación del sistema socioeconómico y político basado en el petróleo no había experimentado una seria crisis. Los beneficios eran constantes porque la obtención energética era superior a su inversión. Se consolidaba así la Segunda Revolución Industrial, que había consistido en la sustitución del carbón por el petróleo como fuente de energía básica. Rifkin observa aquí un principio muy sugerente que se repite cada vez que asistimos a una gran revolución económica: la inmaterialidad progresiva de las fuentes de energía. En otras palabras, cada vez que un sistema económico deja paso a otro se observa que la nueva fuente de energía en que se basa el nuevo sistema resulta más inmaterial, ligera y maleable que la anterior. De la tierra se pasó al carbón y el vapor, y tras éstos últimos vimos emerger al petróleo y el gas natural. A medida que avanzamos en este camino, las fuentes de energía se hacen más invisibles, blandas, maleables y prácticamente inateriales.

Pero la amplificación del dominio capitalista basado en el petróleo ha dado lugar a tres grandes desajustes: energético, ecológico y social. El energético consiste en el agotamiento de la fuente de energía que mantiene en pie a todo el sistema. Cada vez se invierte más esfuerzo –pecuniario, militar, tecnológico– en obtener menos petróleo y de peor calidad. Comienzan así, en palabras de Rifkin, los “rendimientos marginales”. Ocurre hoy lo mismo que experimentaron los burgueses cuando ante las huelgas obreras tenían que parar las fábricas y negociar subidas de sueldo con el proletariado. O también lo que le ocurría al imperio romano cuando sus tierras, diseminadas por toda Europa, empezaron a agotarse. Tanto en uno como en otro caso, los beneficios eran demasiado escasos para el esfuerzo invertido en mantenerlos. La organización empezaba a colapsarse. Hoy, el escaso petróleo que aún existe se concentra en la zona del Golfo Pérsico, de ahí que el imperio norteamericano concentre allí todos sus esfuerzos bélicos y diplomáticos. Lo que ocurre es que la inversión de esos esfuerzos supera ya con creces la obtención de beneficios, por eso Rifkin afirma que la civilización basada en el crudo toca a su fin.

Los otros dos grandes desajustes a los que se enfrenta la era del petróleo son el daño ecológico ejercido sobre el planeta como consecuencia de la brutal industrialización, y las condiciones de pobreza que experimenta buena parte de la población mundial debido al dominio y expansión capitalistas. Ecología y subdesarrollo, junto al agotamiento del petróleo, son los tres grandes desajustes que habrán de regularse en el siglo XXI. De la respuesta que demos a cada uno de ellos dependerá la evolución de nuestras sociedades en el futuro.

Las condiciones de pobreza en las que vive la mayor parte del planeta, producto de la ampliación del dominio capitalista, genera masas descontentas que poco a poco empiezan a organizarse para plantear verdaderos retos de supervivencia al mundo rico. La organización se consigue a través de un sistema simbólico que dota de identidad y cohesión al grupo, y ese sistema simbólico puede ser una ideología —como el marxismo para los obreros— o una religión, como el Islam para algunos países pobres que, pese a disponer de reservas petroleras, no las explotan en la mayoría de los casos.

Rifkin dedica todo un capítulo a la interesante relación entre un petróleo que se agota y un Islam que se radicaliza en aquellas zonas donde precisamente se concentran los pozos que aún bombean crudo con cierta vitalidad. Cuando el profundo descontento social, provocado en buena parte por estas situaciones de pobreza y explotación, es captado y cohesionado por la más radical interpretación de la religión islámica, a veces surgen los rabiosos coletazos del terrorismo que atentan contra el mundo rico. Así pues, el integrismo islámico puede suponer la organización del desajuste provocado por la propia ampliación capitalista. El reto está servido, ahora sólo queda regular la probable mutación que se avecina.

Rifkin plantea dos caminos ante esta encrucijada: el primero es el de la generación distribuida, e interconectada, de una nueva fuente de energía que será el hidrógeno; el segundo es el abandono progresivo del Estado-Nación y la creación de eficaces Estados Transnacionales.

El hidrógeno se obtiene de la descomposición de las dos partículas constituyentes del agua, resulta una fuente de energía eficaz y limpia, con lo que el daño ecológico sería menor. Además,

podría generarse en pequeñas pilas distribuidas sin excesivo coste entre los ciudadanos, por lo que cada familia dispondría de una pequeña “planta energética” en su domicilio. Según Rifkin, este proceso “democratizará” el uso y gestión de la energía, rompiendo la concentración existente en la era del petróleo. Además, la fusión de esta revolución energética con las nuevas tecnologías de la comunicación (internet), favorecerá la conexión entre todas esas pequeñas “plantas energéticas” basadas en el hidrógeno. De este modo, la distribución interconectada de hidrógeno asegurará un flujo de energía constante.

Los asentamientos humanos, las formas de organización social y la estructura económica mutarán como consecuencia de esta nueva revolución energética. Pero también la política lo hará, porque los Estados-Nación habrán de abrirse a la nueva dinámica planteada con el hidrógeno, donde la expansión hacia el control de nuevos recursos va sustituyéndose por una generación interconectada de la energía. Esta economía del hidrógeno permitirá introducir a la globalización en la senda de la verdadera democracia, pues ninguna minoría podrá controlar a su antojo la gestión y distribución energética. Así pues, los tradicionales límites del Estado-Nación se harán borrosos, favoreciendo la emergencia de nuevas estructuras políticas más idóneas para la gestión de estas realidades que bien podrían ser los Estados transnacionales, de los cuales la Unión Europea puede suponer un ejemplo tan complejo como esperanzador.

El análisis de Jeremy Rifkin es tan riguroso como sugerente, aunque su pronóstico final peca, quizá, de excesivo optimismo, sobre todo porque la pregunta básica que cabe hacerse es si será posible “democratizar” la obtención del hidrógeno que sostiene todo este proceso revolucionario. Podemos conseguir energía desde pilas cargadas con hidrógeno, pero ¿cómo obtendremos el hidrógeno?, ¿quién nos facilitará la tecnología necesaria para realizar el proceso de hidrólisis a partir del cual se obtiene el hidrógeno?, y sobre todo, ¿cómo reaccionarán las estructuras socioeconómicas y políticas basadas en el petróleo ante esta mutación? En resumen, cabe preguntarse si el hidrógeno no acabará controlado por una reducida minoría de individuos, tal y como lo fue la tierra desde el Neolítico y el carbón o el petróleo desde la Revolución Industrial.

Precisamente por caminar a lomos de la incertidumbre, todas estas preguntas aún no tienen claras respuestas. El valor de la obra de Rifkin es el de hacernos reflexionar en torno a ellas y ofrecer todo un sistema explicativo que sirve para comprender nuestro presente desde la serena reflexión sobre el pasado.

Rodríguez Padilla, Eusebio, *La represión franquista en Almería, 1939-1945*. Almería, Arráez Editores, 2005, 800 pp.

Por Mónica Fernández Amador
(Universidad de Almería)

La coincidencia del 75 aniversario de la proclamación de la Segunda República en España y de la conmemoración de los 70 años del estallido de la Guerra Civil con la presencia de la izquierda en el poder permitió que 2006 fuera declarado como el “Año de la Memoria Histórica”, denominación que evidenciaba un notable interés por el conocimiento de los efectos de la represión franquista, uno de los aspectos hasta ahora más oscuros de la historia reciente de este país como consecuencia del “pacto de silencio” propio de la transición a la democracia y de la resistencia de algunos sectores de la sociedad a diferenciar entre reconciliación nacional y olvido. Esta sensibilidad de las autoridades ha tenido una clara expresión en el respaldo gubernamental a diversas iniciativas para la recuperación de la memoria histórica, llevadas a cabo por las numerosas asociaciones creadas con el firme propósito de rendir homenaje a las víctimas del conflicto bélico y de la dictadura del general Francisco Franco Bahamonde. En este sentido, baste con citar a modo de ejemplo la subvención por parte del Gobierno andaluz de las tareas de localización de las fosas comunes diseminadas por la comunidad autónoma y la posterior identificación de las personas enterradas en ellas. No obstante, para que los resultados de los proyectos planteados sean óptimos es necesario –y exigible– que su desarrollo sea confiado a investigadores serios, alejados de un afán de revancha o protagonismo y que basen sus trabajos en la exhaustividad, la minuciosidad y el rigor.

Estas características son precisamente las que definen el libro de Eusebio Rodríguez Padilla, *La represión franquista en Almería, 1939-1945*, que se centra en el análisis de la Justicia Militar en la provincia situada en el extremo sur-oriental de la Península Ibérica al término de la contienda y que constituye una versión sintetizada de su tesis doctoral. El propio autor señala como objetivo prioritario de su estudio “la pretensión de que, todo aquel que fuera inculcado en una causa, por pequeña que fuese su condena e incluso si fue absuelto y sólo permaneció en prisión durante un pequeño periodo de tiempo, quede reflejado en la pequeña historia almeriense como un reconocimiento a su contribución a la legalidad vigente en forma de su sufrimiento y pérdida de libertad”. Se trata, por tanto, de una investigación con carácter de totalidad en el sentido de que no sólo presta atención a las elites con relevancia política, social, económica o cultural durante la etapa republicana, sino que convierte también en sujetos históricos a personas que no tuvieron una significación destacada, examinando de forma individualizada a todos los que sufrieron en primera persona las consecuencias de la represión institucionalizada durante los primeros años del franquismo. Para ello, un aspecto fundamental de esta obra es la acotación territorial a un ámbito geográfico reducido, que permite una aproximación detallada a la actuación de la autoridad castrense tras la instauración de la dictadura en el conjunto provincial y, de manera más concreta, en los distintos partidos judiciales y municipios almerienses. Indispensable ha sido igualmente el acceso a los procedimientos custodiados en el Juzgado Togado Militar Territorial número 23, con jurisdicción en Granada y Almería, cuya consulta ha estado durante muchos años vedada a los investigadores, produciéndose por tanto un fuerte desequilibrio entre la posibilidad de utilización de la documentación procedente de la justicia republicana y la generada por los vencedores de la guerra. De este modo, los casi 6.300 sumarios conservados –que según las estimaciones representan una muestra superior al 80 por ciento de la población almeriense encausada– forman la base de esta voluminosa obra a la par que su elemento más original, en tanto que permite un acercamiento directo a la actuación represora del nuevo régimen. Esta información, muy ideologizada pero rica en datos, se ha complementado con la recopilada en el Archivo

General Militar de Segovia y en el Archivo Histórico Provincial de Almería, donde están trasladados los fondos del Gobierno Civil, así como de la extraída de varias publicaciones periódicas, entre las que destacan el diario local *Yugo*, el *Boletín Oficial del Estado*, el *Diario Oficial del Ejército* y el *Repertorio Cronológico de Legislación Aranzadi*.

El libro se estructura en cuatro capítulos que pueden agruparse a su vez, de acuerdo con su eje temático, en dos bloques distintos. La primera parte acerca al lector al funcionamiento de la Justicia Militar durante el franquismo, atendiendo a sus antecedentes históricos y al marco legislativo vigente en el período considerado, con especial interés en su evolución y configuración definitiva tras el levantamiento de julio de 1936. En líneas generales, según expone Rodríguez Padilla, el recurso al procedimiento judicial militar por parte de los sublevados estuvo basado en la necesidad de aplicación de una justicia rápida, ejemplarizante y rigurosa en la emisión de sentencias, rasgos que no poseía la jurisdicción ordinaria, caracterizada por su lentitud y celosa de preservar las garantías procesales de los encartados. La mayoría de las causas incoadas fue calificada como delito de rebelión que, según su definición legal, suponía un atentado contra la seguridad del Estado, si bien su tipificación varió en función del grado de implicación y actuación de los acusados en el bando republicano, de forma que la gravedad de la calificación penal dependía del nivel de identificación ideológica. Interesante es asimismo la profundización en los diferentes órganos de la jurisdicción militar, a cuyo análisis el autor dedica otro apartado. En este sentido, se hace un recorrido por los tribunales y juzgados operantes en la circunscripción de Almería y se pone nombre a los actuantes en los mismos, es decir, los jueces instructores, fiscales, defensores y el resto del personal jurídico y administrativo, a fin de conocer quiénes eran, cuál era su historial militar, con qué medios contaban para el cumplimiento de los cometidos encomendados y cómo fue su actuación sobre los procesados desde la apertura de los sumarios hasta la aplicación de la pena correspondiente, según lo establecido en el Código de Justicia Militar de 1890.

En la segunda parte del libro, la investigación realiza un giro sustancial en su aproximación a la historia procedimental castrense en los albores del régimen franquista y se ocupa directamen-

te de sus protagonistas pasivos. De este modo, se hace un estudio de la población encausada en la provincia de Almería y se destacan los casos más sobresalientes por su crudeza o significación. También se incluye un perfil sociológico de los procesados, considerando como indicadores definitorios la edad, sexo, estado civil, nivel de instrucción, ocupación laboral, filiación política y sindical y, en su caso, cargos públicos desempeñados. Los resultados obtenidos son comparados con la violencia ejercida en la retaguardia republicana, cuyos efectos han sido dados a conocer en sus trabajos por Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, director y prologuista de la obra reseñada, quien señala a propósito que “cuando se aborda con rigor la cuestión se sabe que la represión franquista no se explica sólo como respuesta a la violencia en el bando republicano durante la guerra civil. Aunque sea necesario recordar lo obvio, hubo muchas ciudades y pueblos de España que estuvieron controlados por los sublevados desde el inicio de la guerra y allí se asesinó a muchas personas de izquierdas. Por otra parte, los trabajos de investigación están demostrando que entre los fusilados de posguerra, junto a acusados de crímenes, hubo muchos que lo fueron por su militancia antifascista. Finalmente, algo que no debemos olvidar: si todos coincidimos en que la justicia aplicada por los tribunales populares en el bando republicano no tenía las garantías necesarias, lo mismo ocurría con los procedimientos incoados por la jurisdicción militar franquista”. Para concluir, en el último capítulo se realiza un acercamiento a la propia existencia –o supervivencia– de los reclusos, desde su ingreso en prisión hasta que se consideraba extinguida la deuda contraída con el llamado Nuevo Estado, teniendo en cuenta las condiciones de vida en las cárceles, las diferentes formas que se habilitaron por parte de la administración franquista con el fin de acortar la estancia en prisión y los mecanismos de control del liberto a través del Servicio de Libertad Vigilada.

El libro se cierra con un extenso anexo que recoge, de forma sistemática y ordenada, una relación nominal de las personas encausadas en la circunscripción almeriense entre los años 1939 y 1945 por delito de rebelión militar. Como indica Eusebio Rodríguez Padilla, “es quizá ésta la parte más cuantitativa de esta obra, pero al mismo tiempo la más sugestiva para el lector, puesto que